

GUY DE LA BÉDOYÈRE

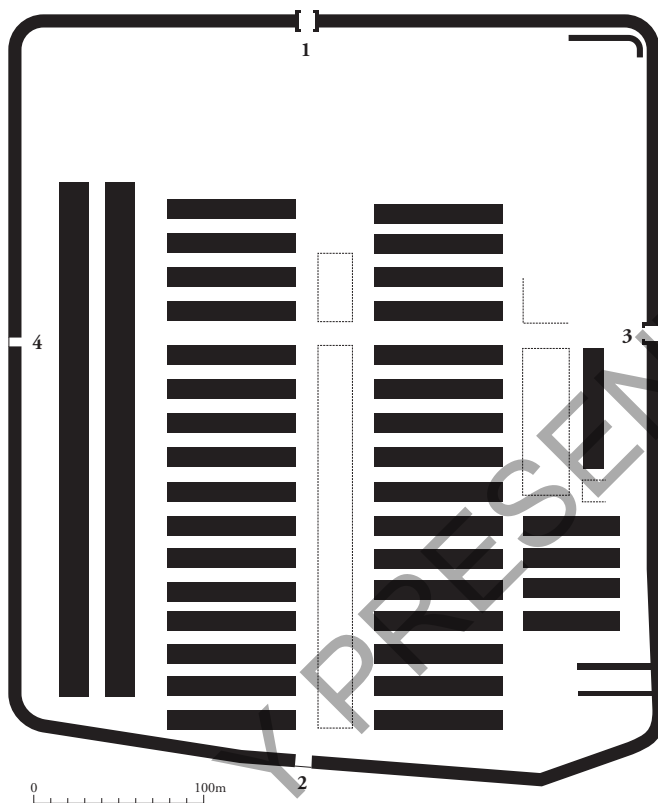
LA GUARDIA PRETORIANA

Ascenso y caída de la escolta imperial de Roma

Traducción de
DAVID LEÓN GÓMEZ

PASADO Y PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA



PLANO DEL CAMPAMENTO PRETORIANO («CASTRUM PRAETORIUM»)

El área del campamento pretoriano era de 16,72 hectáreas. Constantino demolió los muros occidental y meridional junto con sus puertas. Su ubicación exacta no pasa de ser hipotética en nuestros días. La calle más importante de cuantas lo atravesaban, o *via principalis*, era la que iba de la puerta septentrional a la meridional. El sesgo que presenta el muro sur se explica por la necesidad de adaptarse al trazado vial existente. Solo se han identificado restos fragmentarios de los barracones, de modo que la disposición que se muestra aquí tampoco pasa de ser, en gran medida, teórica. Sin embargo, hasta este plano incompleto pone de relieve la marcada diferencia que se daba con respecto a una fortaleza convencional por la clara ausencia de edificios de entidad como cuarteles generales (*principia*) o el alojamiento del comandante (*praetorium*). Las áreas en blanco no representan espacios abiertos en el trazado original, sino zonas en las que no se ha encontrado nada por no haberse explorado aún.

1. *Porta Principalis Dextra* (norte)
2. *Porta Principalis Sinistra* (sur)
3. *Porta Decumana* (este)
4. *Porta Praetoria* (oeste)

INTRODUCCIÓN

El 28 de marzo del año 193 d. C. murió asesinado el emperador Pértinax tras un exiguo reinado de ochenta y siete días. Aunque sus empeños en gobernar Roma mediante la integridad y el orden habían recibido una acogida propicia en general, la guardia pretoriana, la escolta imperial mimada, privilegiada y elitista de Roma, constituía una notoria excepción. Pértinax había tratado de inculcar cierta disciplina a sus petulantes soldados, que en tiempos de Cómodo se habían habituado a hacer cuanto les venía en gana (incluido algo tan execrable como golpear a los viandantes con los que se cruzaban). A fin de suavizar el impacto de las normas por él introducidas, Pértinax había prometido doce mil sestercios a cada uno de sus integrantes, con lo que aseguraba estar igualando lo que les habían pagado Marco Aurelio y Lucio Vero en 160, año de su ascenso. Llegó incluso a liquidar las propiedades de Cómodo para obtener el dinero, por cuanto el tesoro se había visto reducido al último millón de sestercios por su despilfarro y su estilo de vida desenfrenado. Los pretorianos, sin embargo, se opusieron a la idea de devolver el favor enmendando su comportamiento. Al cabo, sabían que Marco Aurelio y Lucio Vero habían pagado veinte mil sestercios a sus predecesores y estaban convencidos de que Pértinax solo había llegado a desembolsar la mitad de lo que había propuesto. Sea como fuere, aterrados por las posibles consecuencias de la muerte de este último, sus asesinos regresaron aprisa a su campamento, los *castra praetoria*, y cerraron las puertas a cal y canto (ilustración 1).¹

Por extraño que pueda parecer, la situación se calmó y los pretorianos repararon en que no iban a sufrir persecución alguna. Conscientes por demás de ser quienes tenían en las manos las riendas del imperio romano, pusieron un cartel en sus muros para ofrecerlo al mejor postor.² Los senadores se mostraron en su mayoría, como cabía esperar, indignados, si bien la narración de los hechos que ofrece Dion Casio puede deber cuando menos parte de su inspiración a los hechos de la guerra civil del año 69 y el breve reinado de Otón.³ Sin embargo, uno de ellos, un ser mezquino y ambicioso llamado Marco Didio Juliano, embriagado y agujado por su esposa y su hija, Manlia

Escantila y Didia Clara, no menos mezquinas y ambiciosas que él, corrió con los tribunos pretorianos Publio Floriano y Vectio Apro al campamento ante la ocasión que se les brindaba. Otro tanto cabe decir de Tito Flavio Sulpiciano, prefecto de Roma amén de suegro de Pértinax. A su llegada, Didio Juliano topó con que se le había adelantado Sulpiciano, quien se afanaba en afianzar su posición y garantizar que se excluía a Juliano.⁴ Este necesitó servirse de una serie de pancartas destinadas a anunciar sus promesas y del traslado de un defensor de Sulpiciano llamado Maurencio para atraer la atención de los pretorianos.

Lo que ocurrió tras esto recibe de Dion Casio la acertada calificación de «asunto ignominioso», si bien el dramatismo con que él lo describe merece una lectura cauta. Los pretorianos aprovecharon que todo aquel que aspirase a ser emperador tenía que contar con su apoyo. Didio Juliano y Flavio Sulpiciano, que ansiaban con desesperación hacerse con el poder supremo, se echaron a competir en lo tocante a las ofertas pecuniarias que hacían a la guardia. Los soldados se lanzaron entusiastas a participar en la puja, yendo de un candidato a otro para informarlos de cuánto debían aumentar la cantidad para superar al otro. Sulpiciano estaba a punto de proclamarse vencedor al brindar veinte mil sestercios por pretoriano, cuando se llevó Juliano el gato al agua con una contraoferta de veinticinco mil. A esta añadió, por si acaso, la advertencia de que su rival podía buscar venganza por la muerte de Pértinax y prometió restituir a los pretorianos todas las libertades de que habían disfrutado en tiempos de Cómodo. Tan encantados quedaron con la proposición que lo erigieron de inmediato en su nuevo emperador.

El episodio resulta tan extraordinario, sórdido y degradante que hasta hoy tenemos por poco menos que increíble que el imperio romano pudiera caer tan bajo. Herodiano lo describió como un hito decisivo, el momento en el que los soldados perdieron todo respeto por los emperadores y que tanto contribuyó al caos en que iban a sumirse los años posteriores.⁵ La guardia pretoriana había creado con total desvergüenza un emperador basándose en el único criterio de la promesa de una cantidad colosal de dinero y abusando sin ambages ni disimulo de su posición y su poder. Juliano duró menos aún que Pértinax, pues había cometido la insensatez de ofrecer mucho más de lo que podía permitirse. Fue ajusticiado por orden senatorial a los sesenta y seis días de haber subido al trono. A esas alturas, se había visto ya obligado a hacer frente a una rebelión en el este encabezada por la porción del ejército que servía en el Ilírico a las órdenes de Septimio Severo, para cuya contención omitió hacer uso de sus pretorianos. De hecho, serían las fuerzas provinciales romanas y no estos quienes decidiesen el resultado de la guerra que azotó al imperio romano entre 193 y 197.⁶ Severo destituyó a los integrantes de la

guardia y volvió a crearla con legionarios de confianza de sus propias fuerzas. Con todo, tampoco así consiguió resolver el problema, pues, en las décadas venideras, el cuerpo y sus prefectos desempeñarían una función decisiva en la caída y la ascensión de un emperador tras otro.

¿Cómo pudo llegarse a semejante situación? Los pretorianos eran los más privilegiados de todos los soldados romanos. Recibían las pagas más generosas, servían durante menos tiempo que el resto y disfrutaban de las mejores condiciones.⁷ Su posición superaba la de cualquiera de las demás fuerzas armadas, pero, en el período de dos siglos o más que había transcurrido desde su fundación formal como institución permanente en tiempos de Augusto, las circunstancias habían conspirado para convertirlos en una autoridad suprema. En 193 emplearon su poder de un modo tan vituperable que no es fácil siquiera imaginar cómo habrían podido recuperar siquiera parte del prestigio que habían tenido en otro tiempo.

La descripción que ofrece Edward Gibbon de la relación que mantenía la guardia con el emperador carece de parangón por la claridad con la que identifica la paradoja inherente al régimen:

Tan formidables servidores eran siempre necesarios, aunque a menudo fatídicos para el trono del despotismo. Al introducir de este modo a los guardias pretorianos en la corte y el senado, los emperadores los hicieron conscientes de su propio poderío y de las debilidades del gobierno civil; les enseñaron a percibir los vicios de sus señores con consabido desdén y a obviar el temor reverencial que solo la distancia y el misterio pueden preservar para con un poder imaginario. En la lujosa inacción de una ciudad opulenta, su orgullo se vio alimentado por la conciencia de su peso irresistible, y tampoco fue posible ocultarles que la persona del soberano, la autoridad del senado, el tesoro público y la sede del imperio se hallaban por entero en sus manos. A fin de apartar a las bandas pretorianas de tan peligrosas reflexiones, los príncipes más firmes y mejor asentados se vieron obligados a alternar lisonjas y órdenes, recompensas y castigos, alimentar su orgullo, satisfacer sus placeres, pasar por alto sus irregularidades y comprar su precaria devoción con un donativo liberal, que, desde la llegada de Claudio al trono, se exigió por imperativo legal con la ascensión de un nuevo emperador.⁸

Las ambiciones de la guardia, y también las de sus prefectos, se fueron extendiendo para cubrir los vacíos que dejaban los gobernantes incompetentes o vulnerables. Así, por ejemplo, el autoexilio de Tiberio en Capri hizo posible que el prefecto Sejano tratase de hacerse con la dignidad de emperador. El desastroso reinado de Calígula (37-41) desembocó en su asesinato y en el nombramiento de Claudio por parte de los pretorianos. La pérdida del apoyo de estos últimos influyó de manera decisiva en la renuncia y el suicidio

de Nerón en 68. Durante la guerra civil de 68-69 desempeñaron un papel fundamental en los enfrentamientos entre los rivales aspirantes a emperador. Durante el siglo II d. C., la sucesión de gobernantes fuertes y eficaces hizo que entre 98 y 180 apenas figure la guardia en las fuentes escritas. La desaparición del reinado de Cómodo (180-192) volvió a otorgar protagonismo al cuerpo, y, de hecho, fue la conducta de los pretorianos lo que desencadenó el asesinato de Pértinax y el imperio tan breve como sórdido de Didio Juliano. En tiempos mudables y agitados, los de la guardia actuaban de catalizadores y oportunistas, y sus prefectos, de protagonistas, para bien o para mal.

Los acontecimientos de 193 fueron, por lo tanto, inevitables en cierto grado, y quizás el origen de todo hay que buscarlo en el momento mismo en el que Augusto creó la guardia, más de dos siglos antes. El precario equilibrio que se estableció entonces estaba abocado a romperse antes o después, si bien, en cuanto institución, la guardia pretoriana sobrevivió a aquel episodio venal. Al final, en 312, Constantino I acabó con ella por completo después de que sus integrantes cometieran la imprudencia de apoyar a Majencio, su rival, y dispersó a los pretorianos por las distintas guarniciones fronterizas del imperio.⁹ Fue un final infamante para un cuerpo que había existido formal y permanentemente durante 340 años y que había cumplido la función expresa de escolta personal de los generales romanos en tiempos de la república.

El presente libro no se centra en los detalles de la armadura y el resto del equipo empleado por los pretorianos, asunto que ya abordan de manera excelente Rankov (1994) y Cowan (2014).¹⁰ Se trata, más bien, de una historia de la guardia pretoriana desde sus comienzos hasta su disolución definitiva. Las páginas que siguen están dedicadas a dicho cuerpo y su función, su formación, su estructura, las condiciones en que operaba, su misión, su mando y sus experiencias en el contexto narrativo de la historia imperial romana. Los testimonios son complejos y fragmentarios, porque la guardia pretoriana tiene una presencia errática en las fuentes antiguas. Es mucho lo que se desconoce aún y, casi con certeza, lo que nunca va a llegar a conocerse.

La expresión *guardia pretoriana* se ha acuñado en tiempos recientes: los romanos se referían colectivamente a la escolta imperial como *cohortes praetoriae* («cohortes pretorias») y a su fortín bien como *castra praetoria* o *praetoriana* («cuartel pretoriano»), bien como *castra praetorianorum* («cuartel de los pretorianos»), en lugar de conferir a la primera o al segundo un título particular.¹¹ Esto no afecta en absoluto al hecho de que su transformación en la parte mejor pagada, más estimada y más influyente del coloso bélico romano la haya convertido desde antiguo en motivo de fascinación. Los pretorianos se consideraban superiores al resto de la clase militar de Roma, y lo cierto es que lo eran. Uno de sus centuriones, por nombre Manlio Valeriano, quiso

dejarlo claro en el epitafio de su tumba en Aquilea, que aseveraba que había «caudillado una centuria perteneciente a una cohorte pretoriana y no a una legión bárbara».¹²

La organización de la guardia, como otros muchos asuntos del imperio romano, era mucho menos precisa y estaba mucho menos reglamentada de lo que se da por cierto en nuestros días. Los precedentes, las circunstancias y la conveniencia marcaron su historia y dieron origen a numerosas incongruencias en aspectos como la cantidad y el tamaño de las cohortes, la paga y hasta la función, tanto individual como colectiva, que desempeñaban sus integrantes. Aun así, la guardia se nos revela como una organización que representó un papel continuado y de gran significación en la historia de Roma, que ayudó a definir la idea de estado romano que se tenía entonces y que se tiene ahora.

Entrar a servir en la guardia pretoriana al comienzo de la carrera militar o mediante ascenso desde la legión significaba pertenecer al cuerpo más prestigioso de la organización más poderosa de la Antigüedad, algo que otorgaría siempre al agraciado una posición social de relieve en la comunidad en la que viviera su existencia de paisano una vez retirado. Entonces, como ahora, los soldados romanos encarnaban la imagen popular del poder y la sociedad de Roma. La situación de esta evolucionó con la tradición del servicio militar obligatorio para sus ciudadanos y una ideología basada en el destino de victoria y conquista auspiciado por los dioses. En la *Eneida*, poema épico de Virgilio, Júpiter deja claro cuál es el futuro del pueblo romano: Eneas, mítico progenitor de la estirpe juliana y ancestro de Augusto, aplastaría a las fieras tribus de Italia, y Rómulo, su descendiente, fundaría Roma, ciudad cuyo pueblo no conocería límites temporales ni espaciales, y un imperio que jamás tendría fin.¹³ Las guerras de Roma extendieron de veras su poder, absorbiendo a otros estados y comunidades, que podían aspirar a incorporarse a ella en lugar de ser aniquilados si ponían a sus combatientes a las órdenes del ejército vencedor. Los hombres de la minoría selecta senatorial servían por lo común en calidad de oficiales como parte de su trayectoria profesional o *cursus honorum*. La inmensa mayoría de los ciudadanos varones, con independencia de su clase social, poseían algún género de experiencia militar: habían sido soldados u oficiales, y muchos habían participado en campañas militares. Gracias a ello habían adquirido habilidades de enorme relevancia, no solo en el campo de batalla, sino también en ámbitos más prácticos como el de la construcción o el de la administración.

El ejército romano, conformado por la guardia pretoriana, las legiones, las fuerzas auxiliares y la armada, no existía en cuanto organización permanente sometida a un mando centralizado. En tiempos de la república, las le-

giones se reclutaban entre la ciudadanía cuando era necesario y se ponían a las órdenes de un senador de categoría consular al que se otorgaba de manera temporal el poder del *imperium* o mando militar, que solo podía hacer valer fuera de Italia, a no ser que se dieran circunstancias excepcionales que exigiesen lo contrario. Esto legitimaba y limitaba a la vez su autoridad frente a una fuerza militar, toda vez que favorecía el desarrollo de la lealtad a la persona de dicho general (*imperator*). Durante el siglo I a. C., esta se tornó en una faceta particularmente peligrosa del mundo romano: durante este período de los *imperatores*, hubo entre los caudillos quien no pasó por alto la ocasión de servirse de sus ejércitos en pro de la gloria y el progreso personales, y los orígenes de la guardia pretoriana subyacen, precisamente, en las unidades de escoltas que crearon a fin de fomentar su posición hombres como Marco Antonio u Octaviano.

En parte, la exhibición de prestigio militar por parte del *imperator* comportaba la posesión de un cuerpo de soldados selectos que hiciera las veces de guardia personal. Estos recibieron el nombre de «pretorianos» por el término que designaba la tienda o residencia que ocupaba un general en campaña: el *praetorium*. Este, a su vez, se derivaba de *praetor*, que tiene el significado literal de «quien marcha delante». En un sentido global se empleaba como «caudillo» o «jefe» y se aplicaba a un grado concreto de la magistratura senatorial con deberes particulares.¹⁴ El *propraetor*, por su parte, era quien ejercía de *praetor* y podía recibir la misión de gobernar una provincia. Por lo tanto, cabría traducir literalmente *praetorium* como «el lugar de quien marcha delante». Su escolta personal estaba dividida en *cohortes*, vocablo que en el ejército regular designaba un cuerpo de unos cuatrocientos ochenta hombres y se aplicaba, por lo común, a las subdivisiones de una legión. *Cohors* significa también «patio» o «recinto», y, de hecho, su aplicación militar procede del sentido literal de «porción de hombres que cabe en un patio».

La guardia pretoriana ejercía también de defensa vital del emperador frente al poder e influencia del senado. Su existencia misma constituía una advertencia constante a los senadores de la capacidad de aquel para afirmar su posición mediante el empleo de la fuerza. Tal como observó Gibbon de un modo tan memorable, los pretorianos representaban «el poder y la posición del emperador y le conferían la facultad de coaccionar a la aristocracia romana».¹⁵ Se trataba de un equilibrio muy poco estable, pues este dependía de una fuerza sobre la que necesitaba ejercer una autoridad absoluta. La proximidad de la guardia pretoriana al emperador, en un sentido tanto metafórico como físico, lo obligaba a mantener en todo momento un prestigio y una influencia mayor que los de sus integrantes si quería conservar su supremacía.

Fue la idea de un grupo de hombres destinados a proteger a su general en un contexto militar lo que convertiría Octaviano (ya como Augusto) en una institución permanente integrada en un ejército romano más abarcador (que también adquirió continuidad durante su gobierno). El cuerpo fue también la parte del ejército que disfrutaría de una posición especial por hallarse más cerca de él en su condición de emperador. Al quedar acuartelada de forma constante en Roma a partir del reinado de Tiberio, la guardia pretoriana se convirtió en la encarnación más visible del poder del emperador y de los cambios experimentados por el gobierno desde tiempos de la república. Apenas cabe, pues, sorprenderse de la concepción aplastantemente popular del imperio romano como una sociedad militarizada en extremo. La ubicuidad de las fuerzas armadas romanas y el predominio del que gozan en las fuentes documentales también han reforzado esta idea.

En cuanto institución nueva, la guardia pretoriana y su mando tuvieron que incorporarse a la jerarquía romana y situarse en un lugar que impulsara al máximo su prestigio a la vez que reducía al mínimo el peligro para el emperador. Los miembros más acaudalados y poderosos de la sociedad romana eran los de las familias senatoriales. Sus integrantes varones servían en una serie de magistraturas acreditadas a medida que avanzaban en una trayectoria profesional bastante normalizada que culminaba con su servicio en calidad de pretor y, a continuación, su nombramiento como uno de los dos cónsules con que contaba el estado. Los senadores que habían ocupado una pretoría tenían derecho a que les asignaran el mando de una legión o el gobierno de una provincia. Con todo, poner al frente de la guardia a un senador habría resultado muy peligroso. La dignidad de «emperador» tal como la entendemos hoy no existía oficialmente. Augusto poseía determinados cargos senatoriales de la república, pero su poder real se fundaba en su autoridad y su prestigio personales especiales. Esto requería dosis nada desdeñables de astucia y tacto debido a la paridad técnica que existía entre él y otros senadores, quienes, por lo tanto, podían desafiar su poder. Y un senador al mando de la guardia pretoriana estaría en una posición inigualable para hacerlo.

Augusto, por lo tanto, puso al frente de la guardia a hombres de la clase ecuestre, un cuerpo más numeroso de aristócratas de segunda a los que se exigía un número mucho menor de propiedades.¹⁶ Podían ejercer de procuradores —administradores financieros de las provincias— y ocuparse de otros muchos cometidos que iban desde desempeñar procuraciones menores o la prefectura de una unidad militar auxiliar, como una ala de caballería, hasta, en tiempos imperiales, mandar la guardia pretoriana, gobernar Egipto, supervisar el abastecimiento frumentario o servir de prefecto de Roma. Estas últimas prefecturas revestían tal importancia que el emperador no podía per-

mitirse otorgarlas a los senadores, quienes estaban en posición de erigirse en rivales suyos. Los de la clase ecuestre ofrecían un peligro mucho menor por no encontrarse, a diferencia de aquellos, en igualdad de condiciones con el emperador. Todo el sistema descansaba sobre la red compleja de patrocinio, lealtades, grupos de interés y facciones que se extendía en torno al emperador desde tiempos de Augusto en adelante.

Cuando ascendió al trono este último, el mundo romano era enorme no ya para el criterio habitual de la Antigüedad, sino también para el nuestro propio. Se extendía ya desde la Galia (la Francia de hoy) hasta Siria y Egipto, al este, e incluía buena parte de la Europa occidental, central y meridional, así como el África septentrional y Turquía. Las nuevas conquistas garantizaron su expansión hasta el reinado de Trajano (98-117). El ejército romano estaba distribuido a lo largo y lo ancho de estos territorios, con las guarniciones más nutridas apostadas en lugares de relieve y provincias fronterizas como Siria o las márgenes del Rin. La civilización romana, mayor y más compleja que cualquiera de las demás de la Antigüedad occidental, suponía un reto al poder logístico y administrativo de lo que no dejaba de ser una época relativamente primitiva. En este contexto, todos los soldados romanos, y no solo los pretorianos, constituían la manifestación cotidiana del estado. Los soldados asumían toda clase de cometidos menores administrativos y de inspección, que iban desde ejercer de policía (función de importancia fundamental por la que los centuriones hacían llegar «a las poblaciones la autoridad de la administración central»), supervisar proyectos de construcción o recaudar impuestos hasta acuñar moneda y revisar la distribución del grano.¹⁷ Esto los convertía —a ellos y también a los veteranos— en el principal medio por el que actuaba y hacía acatar sus medidas el estado.

No cabe sorprenderse, por lo tanto, de que la cultura popular de la época representara entonces a los soldados romanos, y en particular a la guardia pretoriana, como matones privilegiados que disfrutaban de no pocos favores ante la ley. Los fragmentos que han llegado a nosotros de la sátira XV de Juvenal detallan las diversas ventajas con que contaban los militares, como la facultad de dar una paliza a un ciudadano sin miedo a las consecuencias o el conocimiento de que, en caso de presentar una demanda judicial, se celebraría de inmediato la vista —cosa que no ocurría con el resto de la población—.¹⁸ Se refería probablemente al comportamiento de los pretorianos, los soldados más privilegiados de toda Roma. Un estado que dependía en semejante grado de la cooperación y el apoyo de los militares no podía permitirse tener un ejército desafecto.

Hoy, la línea B del metro de Roma incluye una parada llamada Castro Pretorio. Los turistas acceden desde ella al concurridísimo *viale* del mismo

nombre. Basta un breve paseo para dar con el muro septentrional y oriental —en buen estado de conservación— de los *castra praetoria*, fortín y cuartel general de la guardia. Este campamento, creado por el prefecto Lucio Elio Sejano en torno a 23 d. C., siendo emperador Tiberio (14-37), alojaba a toda la guardia en las afueras de la ciudad, donde permaneció hasta ser disuelta en 312. La zona, situada en el sector noreste del área habitada, apenas estaba poblada ni había servido para otra cosa que para inhumaciones.¹⁹ Se trataba de un emplazamiento discreto que enmascaraba de manera conveniente que el poder del emperador se cifraba, a la postre, en la capacidad del cuerpo para servirse de la fuerza militar, aunque se encontraba lo bastante cerca de Roma para que los soldados allí alojados pudieran estar en cuestión de minutos en el centro de la ciudad con el fin de reforzar a los compañeros de cohorte que estuviesen protegiendo a su señor en cualquier momento dado. Tal cosa se hizo evidente en algunos de los episodios enérgicos en los que demostraron ser la fuerza más decisiva con que contaba Roma.

La decisión de realojar a todo el cuerpo en Roma en el año 23 d. C. representó uno de los momentos más significativos de la historia de la guardia pretoriana y del mundo romano en general. Fue una consecuencia lógica de la decisión de hacer de ella una institución permanente, revolucionaria de suyo, y ponerla a las órdenes de caudillos militares nombrados por ella misma. Una vez en Roma, podía influir directamente en los acontecimientos políticos: ante ellos no tendría más obstáculo que los emperadores dotados de la autoridad y el prestigio necesarios para dominar y canalizar su poder. En cuanto estos dejaban de cumplir con lo que se esperaba de ellos, no era raro que fuesen los pretorianos quienes decidieran lo que habría de ocurrir a continuación.

La guardia pretoriana, estuviera ya en su cuartel, ya entregada a una de sus numerosas funciones prácticas o en campaña con el emperador, desempeñaba un papel fundamental para el ejercicio y la conservación del poder imperial. El reto al que se enfrentaba cualquier emperador era el de mantener a raya a la guardia y sus prefectos. Tal como ha señalado Gibbon, alcanzar este objetivo también era difícil en extremo. El imperio romano ha tenido siempre mucho que enseñarnos sobre las consecuencias y los peligros del poder absoluto en un estado en el que podían depender tantas cosas de las capacidades y circunstancias de una sola persona. La guardia pretoriana representa uno de los elementos de más peso de la historia de los emperadores romanos, y tengo la esperanza de que el presente libro logre, en cierta medida, dar cuenta de su evolución.

He contraído una gran deuda con Heather McCallum y la Yale University Press por el interés que demostró por la idea de esta obra y su colaboración a la hora de darle forma. Tom Holland tuvo la amabilidad de leer una primera

redacción del texto final y hacer valiosísimos comentarios sobre determinados detalles y algunos desaciertos, si bien su apoyo al planteamiento del libro ha resultado también inestimable. Roger Tomlin me ha sido de gran ayuda con el críptico fragmento legal relativo a la modificación, por parte de Marco Aurelio, de los privilegios concedidos a los suegros de los pretorianos en 168. También estoy agradecido en extremo al experto en historia militar romana Adrian Goldsworthy por analizar el texto con gran detalle y enriquecerlo con comentarios especializados, así como con algunas sugerencias excelentes que ampliaron el alcance de determinados puntos importantes. Kym Ramadge identificó asimismo alguna impropiedad estilística y otros errores.

No sería justo olvidar aquí la inmensa cantidad de estudios que han publicado los expertos a lo largo de las décadas y sin los cuales habría sido imposible escribir estas páginas. Espero que la Bibliografía refleje mi agradecimiento a sus autores. También querría dar las gracias a Rachael Lonsdale y Melissa Bond, de la Yale University Press, que supervisaron con eficiencia la producción del libro y ofrecieron consejos de gran utilidad, y a Charlotte Chapman por la meticulosa labor de edición a la que sometió la versión definitiva del texto. Como cabe esperar, no ha sido nada fácil conformar un libro a partir de fuentes tan distintas y dispares. Los errores y omisiones que pueda incluir, pese a que se ha hecho cuanto ha sido posible por garantizar su precisión, son achacables única y exclusivamente al autor.

GUY DE LA BÉDOYÈRE
Welby (Lincolnshire), 2016

ÍNDICE

<i>Plano del campamento pretoriano</i> (castra praetoria)	8
<i>Introducción</i>	9
1. Evolución (44-31 a. C.)	19
2. Fundación (31 a. C.-14 d. C.)	33
3. Ambición (14-37)	67
4. Haciendo historia (37-51)	95
5. Historia de dos prefectos (51-68)	119
6. Guerra civil (69)	139
7. Al vencedor, los despojos (69-98)	161
8. <i>Concordia exercituum</i> (98-180)	181
9. La edad de hierro y óxido (180-235)	203
10. Decadencia y disolución (235-312)	235
<i>Epílogo</i>	255
<i>Apéndice 1: Fechas decisivas</i>	263
<i>Apéndice 2: Sueldo y organización de los pretorianos</i>	267
<i>Apéndice 3: Prefectos del pretorio</i>	273
<i>Apéndice 4: Glosario</i>	277
<i>Notas</i>	283
<i>Bibliografía</i>	323
<i>Índice alfabético</i>	337